¿Qué les vamos a hacer, Camilo José, qué le vamos a hacer si nos hicieron así, y así hay que ser porque no podemos hacernos de otro modo al que nos han hecho parecidores a veces de cabeza y otras de culo, a veces de pié, pero son las menos como de sabio? ¿Qué le vamos a hacer si dan las doce y luego, porque así lo dispuso no recuerdo quién y ni siquiera sé si lo supe alguna vez, dará la una, a la fuerza? ¿Qué le vamos a hacer, Camilo José, si el tiempo pasa y los españoles seguimos dándonos en la cabeza, duro que duro; y lo bueno es que, por lo menos, no hacen sino matar a los que no están muy de acuerdo en la cartel por algún tiempo cuando se va descubriendo, y no poco a poco, que no sólo los españoles han nacido para entenderse y que tanto monta San Camilo como San Andrés, Santiago como San Francisco el Grande. Sin embargo uno va leyendo y se encuentra de pronto con gentes de esas que no recordaba, que llevaba uno muertas en el estómago, en el corazón o encondidas en las circunvoluciones del cerebro, como Carlos Díez, por ejemplo. Carlos jugó un papel en mi vida y por ahí anda rodando, a veces, en mis relatos o en mis actos. Lo volví a ver aquí en Méjico y volvió a jugar un papel curioso. Éramos —nos hicimos— muy amigos, aquí. Luego fue a Venezuela a suicidarse más o menos cuando fue usted por allá a escribir La Colmena. Pero lejos de mí la funesta idea de pensar que algo tuvo que ver lo uno con lo otro. Más bien porque a la perra —un bulldog blanco con pintas amarillas— la mató una serpiente cascabel, en el jardín de su casa. ¿Con que pretendiendo de neumotorax? Bueno. Cada uno cuece lo que puede. Como lucido, San Camilo 36, lo es y lo está, rozagante con tanto caso de pentas. ¿Tanto joden los madrileños? O ¿tanto joden los españoles?, se preguntarán por el mundo, los más que otros que se pasan entrenatándose. Y gracias por el recuerdo: si ésa es la democracia lo que sucede es que usted lo es en grado ínfimo. Y ha esparcido los cojos por todas partes,

un poco como Hércules los falos y los cuentas los prepucios. Lo malo es que los cojones pocos que nos con la cosa. Los cojones se encuevan y más con la vejez. A veces hay que extirparlos con operaciones dolorosas, que todavía no hay anestesia para esa enfermedad pecunsular. Al fin y al cabo España (con Portugal) son los cojones de Europa e Italia el falo que intenta meterlo (en vengan za tardía) por el culo griego de la raptor. ¿Qué le vamos a hacer, Camilo José?, así está escrita en historia en la geografía. Con todo esto sólo le quiero decir que recibí el libro ayer y me he pasado unas horas, esta noche, leyendo. Todavía no lo acabo. Pero la manera me lleva - el estilo - a levantarme, tomar la estilográfica y ponerle estas líneas, célicas, para darle las gracias. Ah, y decirle que anoche me llamó Fontxeré y que, en principio, quedamos en que vendría después del 7, día en que le espera en B. y. Comprendió perfectamente mis razones y las que tuvera que dárselas. Habría otro camino, llamar - tutear, perdón - el libro "Los hijos de Sánchez", pero no creo que Lewis estuviera de acuerdo. O, a lo mejor, Gí. de todos modos, supongo preferible que Fontxeré venga, hable conmigo, trabaje un poco y nos acerquemos un poco más a la realidad (no digo a la verdad). Me quedaba de no recibir "Papeles", ahora han llegado, con <u>tan</u> cariño, cuero y diacrunche, con esa orden. Ya que le interese por la ortografía, allí le van unas páginas universales y no repartidas en España porque - no sé por qué - esperaba un editor cariño del cielo. ¿Le viene para su revista cuando haya visto "la luz bodoníca en México"? Ojalá. Y, si no, tal vez alfaguara quiera hacer una edición con paréntesis, comas, puntos, colones, tildes, acentos, corchetes, calderones, apóstrofes, paréntesis, comillas, puntos suspensivos, guiones, asteriscos, interrogantes, admiraciones y otras virgulillas. Y punto final.

Gran novela. Así era.

Un abrazo

Max.

México, 7 de abril de 1970.